Revista de Estudios Sociales

14 | Febrero 2003
Guerra I

El concepto de la guerra en Foucault

Ignacio Abello

Edición electrónica
URL: https://journals.openedition.org/revestudsoc/26596
ISSN: 1900-5180

Editor
Universidad de los Andes

Edición impresa
Fecha de publicación: 1 febrero 2003
Paginación: 71-75
ISSN: 0123-885X

Referencia electrónica
Ignacio Abello, «El concepto de la guerra en Foucault», *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 14 | Febrero 2003, Publicado el 01 febrero 2003, consultado el 04 mayo 2021. URL: http://journals.openedition.org/revestudsoc/26596

Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

EL CONCEPTO DE LA GUERRA EN FOUCAULT

Ignacio Abello*

Resumen

El autor estudia el uso que hace Foucault del concepto de la guerra, contrastándolo con aquellos de otros autores (Clausewitz, Sun Tzu). A partir de los planteamientos de Foucault sobre el poder, el derecho y la violencia, se puede establecer una noción de guerra que difiere de las tesis clásicas (al punto incluso de invertirlas), y que puede ser considerada una desconstrucción del concepto mismo.

Abstract

The author studies Foucault's use of the concept of war, contrasting it with those of other authors (Clausewitz, Sun Tzu). Starting from Foucault's statements on power, law and violence, it is possible to propose a concept of war different from the classic thesis (even to the point of inverting them), that can be seen as a deconstruction of the idea.

Palabras clave:
Guerra, violencia, poder, conflicto.

Keywords:
War, violence, power, conflict.

La humanidad no progresa lentamente de combate en combate
hasta llegar a una reciprocidad universal,
donde las reglas sustituirán para siempre la guerra;
ella instala cada una de sus violencias
en un sistema de reglas y así va de dominación en dominación.
Michel Foucault. Nietzsche, la genealogía, la historia.

I

"La política es la guerra continuada por otros medios"[1] y *"El derecho es una cierta manera de continuar la guerra"*,[2] son dos afirmaciones que Foucault desarrolló a propósito de la política y el derecho, apoyándose e invirtiendo la famosa frase de Clausewitz: *"La guerra es la política continuada por otros medios"*.

Como es costumbre en Foucault, su manera de confrontar los conceptos no es a partir de la aceptación de la definición teórica de los mismos, sino a partir de ver cómo es que ellos operan, qué efectos producen, qué relaciones establecen y, al mismo tiempo, qué cambios se van produciendo en ellos mismos en la medida en que son el resultado de acciones y reacciones. La guerra, la política y el derecho son tres nociones que se encuentran inscritas dentro de las relaciones de poder, y es dentro de ellas que adquieren un estatuto que les permite actuar.

Tres son las implicaciones que para Foucault tiene la inversión de la tesis de Clausewitz:

En primer lugar, que las relaciones de poder no son abstractas, sino, por el contrario, son el resultado de relaciones de fuerza concretas que han surgido en un momento histórico determinado. En ese sentido, el poder político surgido de la guerra tiene la función de mantener la relación de fuerza que se daba durante la última batalla, es decir, que la acción de la política es la de sostener las relaciones de poder y dominación que se daban en la guerra y que conducen a la posibilidad de que la política sustituya la guerra, con la condición de perpetuar, por lo menos hasta cuando sea posible, las mismas ventajas que se adquirieron durante el conflicto. Desde esta perspectiva, la política deja de tener ese significado bastante abstracto y, por sobre todo, alejado de los contextos en los cuales se desarrolla, de ser el arte del gobierno del Estado, con lo cual quiere aparecer como neutral y que actúa para beneficio de todos los que integran la Nación, para adquirir, desde la mirada de Foucault, una función y una acción bien distintas, porque de lo que se trata es de que la política mantenga, a través de su acción, las relaciones de dominación previamente establecidas en el campo de batalla o en ciertas condiciones y circunstancias que se pueden emparentar con la guerra.

La guerra, dice Foucault, se ha desplazado a las fronteras, indicándonos que las relaciones de fuerza a las que hace referencia, son de carácter interno y, que es en el interior del Estado, pero también entre grupos e individuos donde se pueden presentar batallas.

El mejor ejemplo en el que podemos ver cómo la política continúa las ventajas obtenidas en la guerra, lo encontramos en el sistema democrático, donde cada una

* Filósofo – Universidad de Lovaina, Bélgica. Primer doctorado en Filosofía – Universidad de Lovaina, Bélgica. Profesor titular de planta del Departamento de Filosofía – Universidad de los Andes.

1 Michel Foucault, *Genealogía del racismo*, (Traducción de Alfredo Tzveibely), Madrid, Ed. La Piqueta, 1992, pág. 29.

2 *Ibid,* pág. 29.

de sus instituciones reproduce las tácticas y las estrategias para seguir con las formas de dominación. Desde esta perspectiva es importante incluir el derecho dentro de estas estrategias, porque es necesario para el desarrollo y mantenimiento de las nuevas políticas la existencia de un sistema de normas con carácter impositivo que permita, en una legalidad triunfante, sostener las diferencias, las desigualdades, y las exclusiones dentro de un orden de legitimidad.

El derecho que es autárquico y se genera a sí mismo, se convierte en el instrumento necesario de la política debido a que allí donde la política no puede por sí sola sostener y reproducir las relaciones de dominación que se han pactado, de manera explícita o tácita, el derecho interviene para restablecer el orden, sancionando y castigando cualquier acción o conducta que haya buscado modificar las relaciones establecidas, las cuales, además, son vistas como normales y normalizadoras por corresponder a un orden de estabilidad social y de deber ser surgidos en el momento del cese de hostilidades.

En segundo lugar, afirma Foucault, que "La inversión de la frase de Clausewitz quiere decir también que, dentro de la paz civil o sea, en un sistema político, las luchas políticas, los enfrentamientos relativos al poder, con el poder, para el poder, las modificaciones de las relaciones de fuerza (con las relativas consolidaciones y fortalecimientos de las partes) deberían ser interpretados sólo con la continuación de la guerra".[3] Es claro que si bien la nueva política, la de los vencedores, es la de sostener las ventajas obtenidas, también es cierto que la guerra continúa. Continúa en las luchas políticas y, por consiguiente, en nuevas batallas y nuevas posibilidades de modificar las relaciones de dominación, esta vez en el terreno de la política propiamente dicha. En este caso nos vamos a encontrar con un fenómeno muy interesante, y es que los procesos de dominación logrados en el campo de batalla se tornan más complejos y complicados cuando tienen que ser manejados por la política.

En el fondo, las batallas son las formas de violencia más primarias que se han dado, por más que haya sido la tecnología la que en última instancia determine quién es el vencedor. Pero sostener un ejército en guerra permanente es demasiado costoso, salvo que su único costo sea su mantenimiento y este se encuentre asegurado. En otras circunstancias, un Estado como cualquiera de los actuales, no puede sostener una economía dedicada a la guerra en su totalidad.

La política se ha tornado, entonces, en el instrumento natural con el cual se dan los enfrentamientos para cambiar las relaciones de poder, para modificar la relación de dominado a dominante y para sostener la de dominante a dominado, sin que lo anterior quiera decir que sin alterar la relación no se presenten cambios en su interior. Es por eso que es mucho más compleja y mucho más sutil, porque inclusive las formas de violencia se modifican, en la medida en que, por ejemplo, tiende a desaparecer la dominación física o el temor de morir en combate y en su reemplazo aparece un discurso que legitima las relaciones existentes como relaciones de normalización y, que además exige, en nombre de un tipo de racionalidad que se pretende verdadera, la aceptación de unos valores, pero también de principios, conductas, actitudes, exclusiones, creencias, sin las cuales las personas o grupos que no las acepten quedan legítimamente marginados de los procesos sociales y, en consecuencia, de las luchas por el poder y de los cambios en las relaciones de dominación. De esta manera, aquellos que sean declarados por fuera de los procesos de normalización desaparecen del escenario de la lucha por el poder.

En tercer lugar, la inversión de la tesis de Clausewitz "querrá decir que la decisión definitiva sólo puede venir de la guerra, es decir de una prueba de fuerzas en la cual, finalmente, sólo las armas deberán ser los jueces La última batalla sería el fin da la política, es decir, sólo la última batalla suspendería el ejercicio del poder como guerra continua".[4] Definitivamente esta tercera consecuencia nos muestra la manera como la política es otra forma de hacer la guerra. Sin embargo, la guerra permanece allí, al acecho, persiguiendo la política, pues aunque sea una forma exitosa de continuarla, para la guerra lo mejor es un triunfo definitivo. Que se dé una última batalla y desaparezca la política, es decir, que no existan formas de resistencia y todos los vencidos queden sometidos sin ninguna posibilidad de reaccionar. Sería el fin de la política y con ella el fin de la libertad, como veremos más adelante.

La política busca continuar las relaciones de dominación ganadas en la guerra, pero para poderlo hacer requiere la relación, es decir, la lucha en la cual esas relaciones

3 *Ibid,* pág. 30.

4 *Ibid.* pág. 30.

pueden cambiar; mientras que la guerra busca, como diría Sun Tsu, incendiar; o arrasar, como se diría en lenguaje contemporáneo; no dejar nada que le pueda servir al vencido o que moleste al vencedor. Desde este punto de vista, la política sí es la continuación de la guerra, pero lo es de otra manera, y desde ese punto de vista es la derrota de una forma de hacer la guerra, o mejor, es la derrota pura y simple de la guerra, porque la otra manera se llama política. Poner condiciones que el enemigo no puede cumplir es querer ponerle fin a las posibilidades de la política y pretender someter sin ninguna concesión.
Pensar las relaciones de poder en estos términos es una manera de confrontar la vieja tesis de la filosofía del siglo XVIII según la cual el poder se articula "...como derecho originario que se cede y constituye la soberanía, y en torno al contrato como matriz del poder político. El poder así constituido corre el riesgo de hacerse opresión cuando se sobrepasa a sí mismo, es decir, cuando va más allá de los términos del contrato".[5] La otra alternativa, la que hemos visto hasta ahora, ya no sería la del contrato-opresión, sino la de guerra-represión, en la que "... la represión ya no es lo que era la opresión respecto del contrato, es decir, un abuso, sino el simple efecto y la simple continuación de una relación de dominación".[6]
Sin embargo, analizar las relaciones de poder en términos de represión, a Foucault le parece insuficiente y aunque reconoce que todo lo que trabajó entre 1970 y 1976 se inscribe en ese marco de 'lucha-represión', y que es desde allí desde donde debe entenderse su trabajo de esos años, también tiene claro, y así lo dice en el curso del 7 de enero de 1976, que "En la medida que trataba de hacerlo funcionar, yo veía que había que reconsiderarlo porque en muchos puntos era insuficientemente elaborado, -más aún, completamente carente de elaboración- y también porque creo que esas dos nociones de <represión> y de <guerra> deben ser considerablemente modificadas, o tal vez, finalmente abandonadas".[7]
En cuanto a la noción de represión, aunque Foucault promete dedicarle los cursos de 1977 y eventualmente el de 1978 -cosa que no sucedió-, es una noción de la cual desconfía y tal vez por esa razón fue que agotó el tema en el primer tomo de la *Historia de la Sexualidad,* aparecido ese mismo año de 1976. La desconfianza se debe a que puede ser vista de manera unidireccional y, en ese sentido, no permite el surgimiento de ningún discurso por fuera del establecido y, en consecuencia, los saberes que han sido sometidos se encuentran condenados a continuar para siempre sometidos. De la misma manera en que la represión opera desde arriba, desde el poder mismo y no incluye las resistencias ni mucho menos los saberes sometidos que solamente pueden surgir si se eliminan los discursos globalizantes.
La represión, además, tiene una característica que dificulta la posibilidad de comprender las relaciones de poder en la medida en que sugiere la existencia de una verdad por debajo de lo que se muestra, una verdad que se encuentra allí, por fuera del espacio y del tiempo, y a la que es necesario reprimir, para que no surja, para que no se muestre, es decir, una verdad que se opone al poder y que lucha contra ese poder. Desde esa perspectiva la verdad entra dentro de un campo del cual Foucault buscó siempre apartarse: el de la lucha liberadora. En efecto, nada más lejano de su pensamiento que la existencia de algo a lo cual hay que acceder para liberarse.

II

Justamente lo que Foucault buscó a través de los años fue mostrar un discurso exactamente contrario, en el sentido en que los discursos y los significados de los mismos se van construyendo de acuerdo con las relaciones de poder que se van transformando, en la medida en que esas relaciones generan formas de resistencia. La hipótesis represiva, dicen Dreyfus y Rabinow

> se encuentra anclada en una tradición según la cual el poder es restrictivo, negativo y coercitivo. En la medida que constituye una denegación sistemática de la verdad, que funciona como un instrumento de represión que prohíbe la verdad, las fuerzas del poder impiden, o, por lo menos desnaturalizan, la formación del saber. Esta distorsión el poder la opera suprimiendo los deseos, cultivando la falsa conciencia, apoyando la ignorancia etc. Las estratagemas son múltiples, porque en la medida en que el poder le tema a la verdad, es necesario hacerla callar.[8]

5 *Ibid*, pág. 31.
6 *Ibid.* pág. 31.
7 Michel Foucault, *Il faut defendre la société,* Paris, Edit. Gallimard-Seuil, 1997, pág. 18.
8 Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault, un parcours philosophique,* Paris, Edit. Gallimard, 1984, págs. 189-190.

Para Foucault, por el contrario, no existe una verdad más allá de la que se impone a partir de las relaciones de poder, de aquella que opera a partir de los mecanismos que ese mismo poder desarrolla con los procesos normativos y de normalización y que generan resistencias dinámicas que pueden modificar esas relaciones y con ellas las verdades.

En cuanto a la noción de la guerra, esta le seguirá interesando durante un tiempo más, pero de manera especial desde un punto de vista histórico-político, porque piensa que allí puede encontrar que detrás de todas las instituciones, detrás de todas las formas de Estado y de las distintas expresiones del derecho, es posible que haya "¿una guerra primitiva y permanente?", y se pregunta si "Los fenómenos de antagonismo, de rivalidad, de enfrentamiento, de lucha entre individuos, grupos o clases, ¿pueden y deben ser reagrupados dentro de aquel mecanismo general, de aquella forma general, que es la guerra?"[9] Dicho de otra manera "El poder es una guerra continuada por otros medios que las armas o las batallas."[10]

En estas preguntas se presenta un viraje importante con relación a la inversión de la frase de Clausewitz, porque la pregunta ya no se formula desde la guerra, sino desde la política, desde los conflictos sociales y en últimas desde las relaciones de poder. Es dentro de las instituciones, dentro del Estado, dentro de las relaciones de poder, que se presentan enfrentamientos permanentes, luchas, conflictos que se transforman en otros nuevos conflictos, como decían los griegos, y otras veces, en guerras. Se produce entonces un desplazamiento del punto de interés, la guerra va a ocupar otro espacio y será vista de otra manera, por ejemplo, como la forma que la política utiliza para evitar la confrontación, para evitar el conflicto, y llevarlos, por intermedio de las armas, al silencio.

Pero lo que hay que tener en cuenta es que el conflicto no se resuelve en tanto que conflicto, lo que se modifica, lo que se transforma, son los elementos constitutivos de ese conflicto, las partes con los respectivos intereses que lo constituyen y, de esta manera, el conflicto cambia y las relaciones de poder existentes también se transforman. ¿Hemos vuelto a caer desde esta nueva perspectiva en la afirmación de Clausewitz *"La guerra es la política continuada por otros medios"*? Diríamos que no, porque aquí la guerra en el campo de batalla y con armas es una de las formas posibles de la política, no la única, claro está, mientras que comprendemos los textos de Foucault de una manera completamente diferente: que la guerra es el final de la política, que la guerra acaba la política, por lo menos temporalmente. Que lo que se busca con la guerra es la destrucción de la política, la desaparición del conflicto en el sentido de que solamente el vencedor impone las condiciones sin ninguna concesión. De esta manera el vencido pierde las posibilidades de participar en el mundo de 'la paz', en el mundo unilateral propuesto por el vencedor. "...porque aquellos que han sido vencidos –en el caso que haya vencidos- son aquellos a quienes por definición se les ha quitado la palabra! Y si, sin embargo, ellos hablan, no hablarán su propia lengua. Se les impone una lengua extranjera [...] una lengua y conceptos se le han impuesto. Y las ideas que les han sido así impuestas son la marca de las cicatrices de la opresión a la cual han sido sometidos."[11]

Este esquema, en el cual no existen relaciones sino formas impositivas unilaterales, no son para Foucault relaciones de poder, en la medida en que el poder se ejerce como una acción sobre otra acción y esa acción genera respuestas, reacciones, invenciones, y en ese esquema lo que se busca justamente es coartar, impedir la reacción. Por otra parte el ejercicio del poder, dice Foucault, tiene que ver con conducir conductas, con el gobierno de los seres humanos por otros seres humanos, donde lo que se pretende es que se produzcan conductas, para gestionarlas, para conducirlas.

> El poder no se ejerce más que sobre <<sujetos libres>> y en tanto son <<libres>> - entendemos por tal, sujetos individuales o colectivos que tienen delante de ellos un campo de posibilidad o múltiples conductas, o múltiples reacciones donde diversos modos de comportamiento pueden adoptarse- Allí donde las determinaciones se encuentran saturadas, no hay relaciones de poder: la esclavitud no es una relación de poder.[12]

9 Foucault, 1992, *op. cit.*, pág. 55.

10 Foucault, 1997, *op. cit.*, pág.18.

11 Michel Foucault, "La torture, c'est la raison. <Die Folter, das ist die Vernunft>", entrevista con K. Boesers, (traducción de J. Chavy), en *Literaturmagazin* N.8, diciembre 1977. También en *Dits et Écrits,* T. III, Págs. 390-391.

12 Michel Foucault, *Le sujet et le pouvoir,* Paris, Ed. Gallimard, 1982. En *Dits et Écrits,* T. IV, Págs. 237-238.

No podemos separar relación de poder y libertad, por eso los vencedores en las guerras, de maneras diversas y algunas veces en forma sutil han esclavizado, algunas veces sin éxito, y es cuando ha resurgido la política. La guerra no es entonces la continuación de la política, ni la política la continuación de la guerra, porque en cualquiera de sus dos maneras lo que se busca es terminar con la política y con las relaciones de poder. De esta manera, el concepto de 'guerra' pierde su importancia para explicar la política y las luchas que se dan en su interior, y no es necesario acudir a las armas y a los campos de batalla para simbolizar esas luchas, porque los objetivos de una y de otra son totalmente distintos puesto que la guerra no puede existir sin la política, aunque sea lo que quiera destruir. En cambio, la política sí existe sin la guerra y las relaciones de poder y dominación lo que buscan es generar nuevas y diversas formas de ejercicio de la política.

¿Los procesos de dominación no son más complejos y complicados que la guerra?
M. Foucault. Entrevista, 1977

Bibliografía

Dreyfus, Hubert y Paul Rabinow, *Michel Foucault, un parcours philosophique,* Paris, Edit. Gallimard, 1984, págs. 189-190.

Foucault, Michel, "La torture, c'est la raison. <Die Folter, das ist die Vernunft>", entrevista con K. Boesers, (traducción de J. Chavy), en *Literaturmagazin* N.8, diciembre 1977. También en *Dits et Écrits,* T. III, págs. 390-391.

Foucault, Michel, *Le sujet et le pouvoir,* Paris, Ed. Gallimard, 1982. En *Dits et Écrits,* T. IV, Págs. 237-238.

Foucault, Michel, *Genealogía del racismo,* Madrid, Ed. La Piqueta, 1992. (Traducción de Alfredo Tzveibely).

Foucault, Michel, *Il faut defendre la société,* Paris, Edit. Gallimard-Seuil, 1997.